

Serani Merlo, Alejandro

Enfrentando el sufrimiento y la muerte para aprender a vivir

Vida y Ética. Año 9, N° 2, Diciembre 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Serani Merlo, Alejandro. "Enfrentando el sufrimiento y la muerte para aprender a vivir"[en línea]. Vida y Ética. 9.2 (2008). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/enfrentando-sufrimiento-muerte-aprender-vivir.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

ENFRENTANDO EL SUFRIMIENTO Y LA MUERTE PARA APRENDER A VIVIR

*Ciudad de Santa Fe,
jueves 12 de junio de 2008*

INSTITUTO DE BIOÉTICA / UCA - VIDA Y ÉTICA AÑO 9 N° 2 DICIEMBRE 2008

Dr. Alejandro Serani Merlo

- Médico cirujano por la Universidad de Chile
- Estudios de Filosofía y Ética en el *Centre Independent de Recherche Philosophique* (Toulouse, Francia)
- Doctor en Filosofía por la *Universidad de Toulouse Le Mirail* (Francia)
- Especialista en Neurología
- Profesor de Bioética

Palabras clave

- Condición humana
- Sentido del sufrir
- Cómo acompañar

RESUMEN

A partir de la estructura constitutiva y definitoria del ser personal, la enfermedad y la muerte suponen una afrenta y una humillación. Por relación a esta dimensión del ser, enfermar y padecer no resulta natural y es fundamentalmente por eso que se sufre, o por lo que más se sufre. Pero hay algo en lo más profundo del ser que sufre que le dice que no ha sido hecho para eso. Y aunque la enfermedad se presente como un sinsentido antropológico, el sufrimiento no lo es.

Finalmente, frente a la pregunta de qué hacer ante el que padece, citando a C. S. Lewis, se afirma que hay que "estar ahí", "entender" y "amar". Como agregaba la Dra. Kübler-Ross: "Todo es soportable cuando hay amor".

Dedico esta conferencia a la memoria de mi madre y de dos tíos cercanos, que han muerto recientemente y de modo sucesivo, a una edad cercana a los 70 años, la que hoy consideramos como relativamente temprana. Esta experiencia me ha permitido profundizar en el tema de la muerte en general y de mi muerte en particular.

Hay frases que se dicen simplemente, pero que toma toda una vida comprender. Más de una vez, en el curso de nuestros estudios o a lo largo de la vida profesional, aquellos que nos dedicamos a la atención de los enfermos habremos escuchado sentenciar: "Para poder

acompañar a bien morir es necesario haber asumido y aquilatado la realidad de la propia muerte". Las balbucientes reflexiones que en esta conferencia quisiera compartir con ustedes, giran en torno a un intento de profundización en el contenido de esta sentencia.

LA ENFERMEDAD Y LA CONDICIÓN HUMANA

Toda enfermedad humana, cual más cual menos, lleva junto a sí, aneja un sufrimiento. Mayor o menor, agudo o crónico, potencial o actual, consciente, subconsciente o preconsciente, el dolor y el sufrimiento humanos son el precio a pagar por nuestra doble, ambigua, misteriosa y unitaria condición. La de ser, a la vez, vivientes psico-biológicos y seres espirituales.

En efecto, por toda una parte de nosotros mismos, en tanto que organismos psico-biológicos, nos encontramos sumidos a la inexorabilidad de la transformación y el devenir. Nacimiento, crecimiento y muerte, salud y enfermedad, placer y dolor, integridad y desintegración, permanencia y vulnerabilidad, son realidades que nos habitan, nos afectan, nos acechan, nos acosan. Respecto de esta dimensión psico-orgánica de nuestra existencia, el generarse y perecer, el enfermarse, dañarse, deformarse y eventualmente morir, son eventos normales, aun

cuando no estén todo el tiempo actualmente presentes en el curso del vivir.

Por otra parte, y en una dimensión más profunda, íntima y propia, habita y subyace el yo personal, sujeto *incambiado e incambiante*, raíz de nuestra identidad fundamental, sede real, concreta, estable y permanente de las múltiples vicisitudes que me afectan y que me pertenecen. La subjetividad personal, hontanar invisible desde donde surgen y se establecen nuestros vínculos más estables, tanto con las personas como con las cosas; frontera de encuentro del pasado, del presente y del futuro; punto de origen de nuestras más fuertes ansias de trascender y de vivir. "*Locus*" propio del mérito y del demérito, de la honra y de la dignidad.

Respecto de ese estrato basal, constitutivo y definitorio del ser personal, la enfermedad y la muerte suponen una afrenta, una humillación, una violencia, un despojo. "*¿Por qué tuvo que tocarme a mí? ¿Por qué así? ¿Por qué a mí y no a otro? ¿Por qué a mí ahora y no más tarde? ¿Qué hice o qué no hice yo para merecerla o para evitarla?*", se pregunta tantas veces el enfermo o su familia, ora con desesperación y rabia, ora con fatigada y apesadumbrada resignación. Preguntas quizás puramente retóricas, pero quizás no. Preguntas que hace alguien a alguien, pero que no se sabe exactamente a quién. Se hacen porque se

intuye que alguien tendría que responder, porque de otro modo ni siquiera se harían. Preguntas que deberían tener respuesta, pero respuesta que tal vez uno no puede y quizás ni quiere saber.

Por relación a esta dimensión del ser, enfermar y padecer no resulta natural. El sufrimiento, la enfermedad y la muerte se presentan como ajenos, como violentos. Y es fundamentalmente por eso que se sufre, o por lo que más se sufre. Por eso también es que los animales -que sí son capaces de miedo, de dolor y de tristeza- en estricto rigor no sufren. Y no es que sufran, pero no se den cuenta, es más bien que por no darse cuenta no sufren. Sólo sufre por ser mortal, un ser que sabe que no lo es, o que al menos no lo es de modo sustantivo y total. Esa conciencia dolorosa y doble, de mortalidad e inmortalidad, es la que se encuentra presente en toda comunidad humana desde los tiempos más remotos. Es desde esa doble, desgarrada y oscura conciencia, desde donde surgen en el albor de la humanidad los enterramientos rituales, los mitos acerca de la otra vida y el comienzo de la reflexión y de la práctica religiosa.

A este respecto resulta pertinente citar aquí brevemente algunas consideraciones filosóficas acerca de los progresos modernos de la paleontología, por parte de un autor contemporáneo, el filósofo judío-alemán Hans Jonas. Reflexionando acerca

de la producción de artefactos, de imágenes y de tumbas por parte de los primeros hombres, Jonas aborda el tema del enterramiento ritual comprendiendo la sepultura o la tumba como *"memoria de los difuntos perpetuada en el culto funerario y en otras formas visibles"*. Esta actividad, a diferencia de la producción de instrumentos, que responde a una necesidad de utilidad biológica, le aparece al citado autor como todavía más biológicamente inútil que, por ejemplo, la fabricación de imágenes. En efecto, el enterramiento ritual, ligado como está a representaciones de creencias que desafían la apariencia de nuestra finitud, se proyecta más allá de todo lo visible hacia el invisible, y del sensible al supra-sensible. Pensando en el más allá y en el después, el ser humano medita sobre el aquí y el ahora de su existencia; y haciendo eso, medita en definitiva sobre sí mismo.

"Consciente de su mortalidad, él no puede vivir en tanto que ser humano sin una comprensión de sí mismo [...] así, de las tumbas surge la metafísica [...] pero también la historia en tanto que memoria del pasado [...]."

En el vacío del abismo abierto en esta confrontación consigo mismo encuentran lugar las más altas exaltaciones y las más profundas depresiones de la experiencia

humana. En efecto, el hombre también está abierto a la desesperanza; él sólo puede cometer el acto de suicidio [...].

La sepultura nos dice que aquí un ser sometido a la mortalidad, reflexiona a la vida y a la muerte, desafía el testimonio de sus ojos y eleva el pensamiento al invisible poniendo la herramienta y la imagen a su servicio [...].

Física, arte y metafísica, apuntadas desde la noche de los tiempos, por el útil, la imagen y la tumba, son [...] dimensiones originales en la relación del hombre al mundo.

Las herramientas por razones bien comprensibles, nunca faltarán. Pero la imagen y la tumba, una y otra representando un lujo superior del hombre atormentado por la necesidad que la naturaleza le impone, pueden faltar aquí o allá, pero su disposición a realizarlas [...] (estando exigida) por la plenitud de la condición humana, no están completamente ausentes en ninguna cultura". [1]

¿UN MAL SIN SENTIDO?

Es justamente en virtud de esa polaridad, pasibilidad/imposibilidad, mortalidad/inmortalidad, que parece que el

[1] JONAS, Hans, *Outil, image et tombeau*, en JONAS, H., *Évolution et liberté*, Paris, Bibliothèque Rivages, 2000.

hombre está constitutivamente condenado a sufrir. Ambigüedad ontológica que en la prosperidad y en la salud se nos oculta, pero que de pronto clava inopinadamente sus afiladas garras sobre nuestras espaldas, sin quererse desprender. Más allá del dolor que sobreviene, del cansancio, la impotencia y la deformidad, el ser personal sufre moral y psicológicamente por no ser invulnerable, por no ser inmortal. Padecimiento por relación al cual no hay además consuelo suficiente. Hay, en el que sufre, algo en lo más profundo del ser que le dice: *"Tú no has sido hecho para esto"*.

Es por ello que ante la pretendida búsqueda del sentido de la enfermedad, quizás lo primero que haya que responder es que la enfermedad humana, en tanto que humana, y afectando por lo tanto a un animal que es persona, no tiene sentido alguno. El sufrimiento puede llegar a tenerlo, pero no lo que lo causa. Se podrán encontrar múltiples y casi infinitos sentidos secundarios a la deformidad, a la invalidez, a la mutilación, al trauma físico y psíquico, y se podrán extraer de ellos inmensos bienes, pero seguirá siempre inmovible que para el ser personal encarnado, para el sujeto personal humano, la enfermedad es primaria y absolutamente un mal sin sentido. En sentido teológico, una desviación del proyecto primitivo.

De esta suerte de absurdo antropológico, toma conciencia dolorosa, por ejemplo, el profesional de la salud que enferma gravemente. Podrá uno como médico haber estudiado cientos y miles de enfermedades, y tener más que sabido que no podemos sino enfermar; habremos acompañado a cientos de pacientes en su dolencia y en la muerte; y, sin embargo, el día en que nosotros enfermamos... todo se presenta de un modo completamente diferente. Se trata de "nuestra" enfermedad. Para los demás era posible, probable y natural el enfermar, y quizás podamos pensar lo mismo por relación a nosotros mismos en tanto que somos organismos pisco-físicos. Así y todo, el día que corresponde que el mal nos inficione y nos ataque, no podremos sino pensar que preferiríamos mil veces no haber enfermado, que hubiésemos querido que el mal pasara de largo sin percatarse de nuestra existencia, que deseáramos que el mal nos deje lo más pronto posible y con el mínimo de secuelas, y que ojalá nunca más nos vuelva a visitar. Como si el haber enfermado fuera la consecuencia de que en alguna parte se produjo un fallo o un error. En definitiva, la enfermedad que es natural, normal e incluso probable, parece que no es la mía, más bien parece ser la de los demás.

Contrariamente a lo uno pudiese pensar, esta curiosa vivencia que se describe,

la del sentimiento que mejor nuestra enfermedad le hubiese afectado a otro, a otro innominado y genérico, no es primariamente el producto de una visión egoísta de las cosas. Es más bien una experiencia antropológica, que tiene un fundamento objetivo en la ambigua naturaleza de nuestro ser: un ser que es capaz -como se diría en la jerga filosófica dualista contemporánea- de vivir simultáneamente, en primera y en tercera persona.

Mientras la enfermedad exista en tercera persona, la mía o la del otro, no sufrimos o no sufrimos tanto. Cuando se comienza a sufrir porque otro sufre es porque se ha pasado a otro plano, un plano en el que se comienza a ser uno con el otro. Y este hacerse uno con el otro, que es de suyo imposible en el orden substancial, se lleva a cabo efectivamente en el orden accidental en virtud de esa misteriosa y poderosa capacidad unitiva que se llama amor. Sólo cuando se ama se sufre verdaderamente con el otro.

También es cierto que no es cualquier amor el que une. Solamente un realmente el amor personal, en las diversas modalidades y perspectivas que las distintas tradiciones filosóficas y teológicas realistas han conceptualizado: ya sea como amor de donación, amor honesto, amor incondicional, amor de amistad o amor de caridad.

ACOMPañAR AL QUE SUFRE

Si es cierto lo que se ha venido desarrollando hasta aquí, se tendría que decir, en consecuencia, que si la enfermedad vivida en primera persona aparece ante nosotros como un sinsentido o un absurdo, el sufrimiento por su parte no necesariamente lo es. Para un ser al que la enfermedad propia se le aparece como un absurdo, como una afrenta, como una humillación, lo que se sigue naturalmente es el padecer, el sufrir. En principio, el sufrimiento es la lógica y natural respuesta afectiva frente al mal presente en nosotros; o también en otro, al que por el amor me encuentro unido, como si fuese otro yo. Pretender que alguien no sufra frente a algo que se le presenta objetivamente como un mal es una pretensión fuera de lugar, casi obscena. Al que sufre se le acompaña en el sufrir, no se le pide que no sufra.

El novelista y pensador inglés, C. S. Lewis, en esa admirable pieza literaria autobiográfica titulada *Una pena observada*, hace ver lo inadecuado de ciertos modos de consolar, que más que mitigar el dolor resultan irritantes u ofensivos, como por ejemplo: "Sé lo que estás sintiendo", frente a lo que dan ganas de responder: "¿Qué vas a saber tú si el que está sufriendo soy yo?". O como cuando la sentencia viene aureolada de un respaldo religioso como por ejemplo:

"Tenga fe en Dios". A lo que darían ganas de responder: "¿De qué me habla? Esto no es un problema de fe o de no fe, se trata de que estoy sufriendo, y de que además tú no puedes tener la menor idea de aquello de lo que se trata".

Si la enfermedad es un mal y una afrenta, y el sufrimiento su consecuencia lógica: ¿qué se puede hacer frente al que sufre? En primer lugar, como dice Lewis, "estar ahí". No quizás en primera plana, pero estar ahí. No huir, no ocultarse, no negar.

En segundo lugar "entender". Que no significa sentir lo que el otro siente, sino entender que lo que el otro siente yo no lo puedo sentir, y no se lo puedo ahorrar.

En tercer lugar, por decirlo de alguna manera, porque no es que haya un orden ni tampoco un método: "amar". Los seres humanos son a muchos títulos indigentes, necesitan alimento, cobijo, abrigo, oxígeno, educación, etc. Pero por sobre todo, el ser personal aspira a ser valorado, apreciado, a ser significativo para alguien. El ser gratuitamente amado asombra, desarma, acompaña, consuela, y es muchas veces en esos momentos en los que justamente el amor por el otro que sufre se revela, se manifiesta, se fortalece.

La psiquiatra suizo-estadounidense, Elizabeth Kübler-Ross, pionera de los

estudios acerca del duelo y del enfrentamiento de la muerte en los pacientes terminales, lo expresaba del siguiente modo: "Nunca he conocido a nadie cuya mayor necesidad no sea el amor, el verdadero amor incondicional".

En virtud de esa real fuerza unitiva del amor, a la que ya se hizo referencia, el sufriente se experimenta unido al que lo acompaña, lo comprende y lo cuida con amor. Unión que no destruye completamente esa suerte de soledad "metafísica" de cada persona ante sí mismo y ante los demás, pero que la alivia de un modo real y eficaz. "Todo es soportable cuando hay amor", agregaba la Dra. Kübler-Ross. Y por eso concluía: "Una realidad que no se enseña en las facultades de Medicina es que un corazón compasivo puede sanar casi todo. Ser buen médico no tiene nada que ver con anatomía, ni con recetar los medicamentos correctos. El mejor servicio que un médico puede prestar a un enfermo es ser una persona amable, atenta, cariñosa y sensible". [2]

EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

No se puede vivir sin sufrir. Mucho o poco, grande o chico, el sufrimiento es nuestro compañero de ruta. Todo sufrimiento deriva de un mal, pero hay sufri-

[2] KÜBLER-ROSS, E., *Una vida plena*, Barcelona, Vergara, 2004.

mientos buenos. Sufrir por la injusticia es un signo de rectitud moral, y está objetivamente peor el que no sufre por la injusticia que el que sí lo hace.

El sufrimiento deriva de un mal, pero puede hacer bien. No es bueno por ejemplo que los niños no sufran. Una persona que no ha sufrido y que no ha aprendido a enfrentar el sufrimiento en su educación, carece de algo fundamental para la vida. Hay sufrimientos que destruyen y otros que hacen madurar. Lo que destruye no es el sufrimiento *per se*, sino el que se podría llamar sufrimiento absurdo, que es generalmente el que no se entiende, o aquel que nadie nunca debiera tener. Como ya se ha mencionado, el sufrimiento generalmente no es absurdo, es lógico, pero a veces la causa puede ser tan injusta, tan inesperada, tan inconmensurable que llega a ser dañino o doblemente doloroso. El sufrimiento temprano provocado por el abandono, la violencia, la injusticia, son sufrimientos potencialmente destructores. Ese potencial destructor proviene quizás del percibir que eran evitables y que son provocados justamente por aquellos de quienes se espera acogida, cariño y protección.

Hay sufrimientos que no es lícito infligir a otros, y por el contrario a veces puede ser una obligación enfrentar a otro con realidades que se sabe que lo harán sufrir. Hay cosas que un enfermo

tiene que saber acerca de su enfermedad y que no se le pueden ocultar por temor a hacerlo sufrir. Ciertamente no se trata de dejarlo después solo en su sufrimiento. Si se lo deja solo se lo hace sufrir dos veces.

Hay sufrimientos que nosotros como profesionales de la salud no tenemos el derecho de provocar en nuestros pacientes y en sus familiares. El sufrimiento mayor o menor, provocado a los enfermos por ejemplo por el abandono, la falta de información, la impuntualidad evitable, la falta de consideración y a veces hasta de mínima educación, constituyen verdadera negligencia; no negligencia profesional en el sentido usual de violación culpable de la "*lex artis*", sino negligencia moral. Faltas que quizás en una persona sana no tendrían tanta importancia, pero que tratándose de un enfermo, y de un enfermo terminal, adquieren una dimensión particularmente ominosa.

Mientras más envejecemos más sufrimos, porque nos damos cuenta de más cosas, y eso no es malo, aunque no sea fácil. Por lo general no apreciamos que alguien decida por nosotros qué es lo que debemos o no debemos sufrir. Como médicos no debemos quitarle importancia al sufrimiento, es parte de nuestra tarea profesional, y enfrentándolo con coraje y con los ojos abiertos nos vamos

haciendo más experimentados y más humanos.

Lo contrario del sufrimiento es la alegría y el gozo. Hay personas que no se alegran y no gozan porque no saben sufrir. Sufriendo se aprende a gozar, se entiende mejor lo que es la verdadera alegría. Porque como decía el sabio Marañón: "Vivir no es sólo existir, sino sufrir y gozar, saber reír y llorar, y no dormir sin soñar".

Queridos participantes a este Congreso en general y colegas profesionales de la salud aquí presentes, jóvenes y menos jóvenes, les deseo una vida profesional de grandes alegrías y gozos, pero justamente para ello no debemos esquivar el dolor cuando nos llega o nos corresponde asumirlo. Necesitamos "curtirnos" en el sufrimiento y el dolor. El de ustedes o el de sus enfermos, de los familiares de los enfermos, y el de aquellos que sin particular competencia profesional los asisten y los

acompañan, que también gozan y sufren, y que nos suelen dar muchas veces a nosotros, profesionales de la salud, una cátedra de dolor.

Para terminar quisiera hacer dos citas que condensan mejor de lo que haya podido hacer, el mensaje central de esta reflexión. La primera está tomada de la *Carta Encíclica Spe salvi*, de Benedicto XVI: "La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana". [3]

La otra cita es de san Juan de la Cruz, y es muy conocida: "*En el atardecer de la vida se nos juzgará sobre el amor*".

[3] BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Spe salvi*, 30 de noviembre de 2007, n. 38.